NUEVE DÍAS
CON
MARÍA DE LA FUENCISLA

José Cristo Rey García Paredes, cmf

Segovia, 17-26 septiembre 1999

"Y Jesús se detuvo y dijo: «Llamadle.»
Y el ciego, arrojando su manto, dio un salto y vino donde Jesús...
Y al instante, recobró la vista y le seguía por el camino".
(Mc 10, 49-52)

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

Estamos ante Ti,
somos en Ti,
Dios y Padre nuestro,
Creador del universo, fuente de la Vida.
Gracias, muchísimas gracias,
por habernos agraciado
a nosotros -segovianos y segovianas-
con este regalo inmenso que es
Nuestra Señora de la Fuencisla.
Tú has querido que la madre de tu Hijo, Jesús,
sea nuestra Madre,
nuestra Protectora, nuestro Cobijo.
¡Gracias por regalo tan grande!
Durante estos nueve días
nos ponemos en tus manos
para que como a María
nos hagas dóciles a tu Espíritu,
nos permitas escuchar tu Palabra,
ilumines nuestro ser
y formes en nosotros a Jesús.
Que unidos a María de la Fuencisla
tengamos una profunda experiencia
de Pentecostés,
que tu Espíritu nos consagre
y nos envíe para dar testimonio del Evangelio.
Así sea.

MEDITACIÓN

Tenemos ante nuestros ojos la imagen de María de la Fuencisla. Nadie como ella en nuestra ciudad ha sido y es aclamada, aplaudida, venerada. María de la Fuencisla es la mujer más alta que imaginar podemos. Lo mismo sucede en tantos lugares de la tierra. Nadie como María ha sido más representada en los cuadros de los pintores, nadie tan alabada por los poetas, nadie tan cantada por los músicos... Miles y millones de personas la festejan en sus fiestas. Miles de personas la visitan en sus santuarios.

En ella se ha realizado una profecía, sumamente audaz: "Bienaventurada me llamarán todas las generaciones". Así ha sido desde el siglo primero hasta el siglo II.

Pero María, nuestra Señora de la Fuencisla, fue –durante su vida mortal- una mujer marginada, una mujer sin importancia. Más allá de la fantasía, según los datos históricos de los que disponemos, bien podemos decir que en la historia oficial María no fue considerada digna, ni siquiera de una línea, ni siquiera de una mención. Del único que se habla un poco es de su Hijo Jesús, al que se considera un revolucionario que acabó en el patíbulo y de un pariente, Santiago, que murió en Jerusalén apedreado. Quizá en algún texto rabínico haya rastros de que Jesús era considerado hijo ilegítimo. En este sentido podemos decir que para la historia profana María fue la mujer que tuvo en su familia dos condenados a muerte, su hijo –crucificado en Jerusalén- y tal vez un sobrino –apedreado también en Jerusalén-. Que María fue la mujer que tal vez concibió de forma ilegítima, de padre desconocido a su Hijo.

De María conocemos, ante todo, su nombre. No sabemos nada de sus padres. Lo cierto es que sus padres le impusieron un nombre -¡quién sabe si por inspiración de Dios!- muy importante, que solo aparece una vez en el antiguo testamento: Myriam. Evoca a la hermana de Moisés. Aquella mujer, que tras la liberación de Egipto, invitó a todas las mujeres a cantar el Canto de la Liberación. Algunos la llaman la profetisa de la Liberación. ¿Por qué sus padres impusieron a la madre de Jesús este nombre? ¿Tal vez vislumbraban en ella una nueva Myriam? Lo cierto es, que la figura de María que nos ofrecen los evangelios coinciden con el nombre. En el Magnificat María canta la liberación del nuevo tiempo: "Derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes...". Su nombre evoca la gran revolución de Dios.

Myriam llamó a su Hijo Jesús. Jesús parece ser una abreviatura de Josué. El Hijo de María fue llamado así por su madre. Esperaba de Él que fuera el Salvador del Pueblo, aquel que lo introdujera en la tierra del Reino de Dios.

No es extraño que en la familia de María se respirara un ambiente mesiánico. Un deseo apasionado de que Dios tomara cartas en la liberación de su pueblo. Tal vez intuyó María que estaba llamada a participar en la Gran Liberación de Dios.

Pero esto le trajo problemas. Tanto es así que a medida que iba creciendo Jesús las amenazas de muerte se hacían cada vez más fuertes e insistentes. Al final, María quedó convertida en la "madre del Crucificado", del condenado a muerte.

Otro aspecto de la vida de María es su desposorio con José. Esta joven judía fue dada en matrimonio a un hombre de la casa de David. De José se dice que era justo. Hubo un momento en que la relación peligró, estuvo a punto de romperse. José percibe que María ha concebido. Que él no es el padre. María se confía a Dios. José conoce en sueños que lo que en ella sucede es obra del Espíritu. Y acoge a María como esposa. Debe reflexionarse más a fondo, lo que significó José para ella, para su identidad.

En Israel quienes generaban a los hijos eran los padres-varones. Nunca esto se atribuía a la mujer. Tal vez por el machismo de la época. Tal vez por los deficientes conocimientos de la biología humana. Cuando se habla del nacimiento de Jesús quien concibe y genera no es el padre, sino solo la madre.

¿Cómo es posible que de tanta humildad y difamación nazca después una figura tan rutilante, tan hermosa, tan fascinante y aclamada como María?

Dios hace justicia a los oprimidos. Dios es el defensor de la viuda. Dios no abandona a quien se confía en él.

Esta es la lección de este día. Dios ama a los humillados.

SÚPLICA A MARÍA DE LOS MARGINADOS

María de los marginados,
de aquellos y aquellas
que parecen estar de más
en nuestro mundo,
en nuestra sociedad.
María de los marginados,
¡qué bien los comprendes!
Cómo se prolonga
tu dolor en la historia,
madre soltera incomprendida,
madre y familiar de ajusticiados,
inmigrante de Egipto,
campesina y mujer de aldea,
marginada en tu hijo marginal,
Jesús, el Crucificado.
¡Qué bien comprendes,
María de los marginados,
a quienes no son alabados,
ni acogidos,
sino vituperados,
condenados
y rechazados,
aun en tu misma comunidad!
Contágianos tu com-pasión,
y seremos buenos samaritanos,
y os seguiremos
a tu Hijo, y a ti, y a tu José,
hasta donde el Reino del Abbá nos lleve,
hasta la cruz y la infamia.
María de los marginados,
de tu kénosis llegas a la exaltación,
a la notoriedad más paradójica
de nuestra historia.
¡Qué razón tenías!
¡Ha mirado la humillación de su sierva!
¡Ensalzó a los humillados!

DÍA 3:

LA VOCACIÓN DE MARÍA

MEDITACIÓN

Hoy quiero hablaros de su vocación. Porque también María pasó un tiempo en su vida en que se pregunta: ¿quién soy ya? ¿qué voy a hacer con mi vida? ¿con quién voy a compartir mi vida? Podía haber optado por lo habitual. Por hacer lo que todo el mundo hacía. Ser una mujer de pueblo, casarse, trabajar, tener hijos, envejecer y morir. Pero María tenía en su corazón sueños. Los sueños que sus padres habían intuido al llamarla "Myriam", la profetisa de una revolución, de un éxodo, de un mundo nuevo.

El evangelista Lucas nos cuenta cómo fue su vocación. Extrañaos del hecho siguiente: nunca, nunca en toda la Biblia se había narrado una vocación de mujer; parecía que los relatos vocacionales sólo estaban hechos para varones. Es delicioso el relato vocacional de María. Vamos a recordarlo muy brevemente.

No sé qué pensarás tú, cuando te viene a la mente la palabra "vocación". Lo que el mensajero del cielo le dijo a María al comienzo fue: "Alégrate, llena de gracia" (Lc 1,28) . La vocación es, ante todo, una invitación a la alegría. Quien descubre su vocación asiste a un nuevo amanecer, comienza a vivir una experiencia de "estado naciente". María se comienza a sentir importante para Dios. Sabe que Dios quiere contar con ella para un proyecto revolucionario.

Bueno, eso del mensajero, o del ángel es importante. Dios suele llegar a nosotros de manera muy discreta. Apenas se le ve, apenas se le siente u oye. Viene a cada uno de nosotros como a través de "rumores angélicos". Pero su presencia es muy cierta y muy seductora. Supongo que alguna vez, amiga o amigo, has sentido ese rumor de ángeles junto a ti, en tu soledad.

Cuando comiences a sentir tu vocación, verás que te sabes llamado a la alegría. Es un estado de enamoramiento. El enamoramiento es una vocación. Una llamada de Dios.

Pero permíteme que te diga que la vocación nunca es fácil. Nunca es totalmente clara. Por eso, María recibió el anuncio sobrecogida y cargada de enigmas. Era con-vocada para una misión cuyo sentido último se desvelaría en el futuro. Por eso, preguntó: "¿Cómo va a ser esto?" (Lc 1,34). Esta pregunta no le fue respondida a María racionalmente, sino con una promesa: Dios le promete que sucederá algo extraordinario, le pide confianza. María cree en la Promesa. Se siente "bautizada" por el Espíritu que baja sobre ella y hace surgir biológicamente en su seno y espiritualmente en su corazón una semilla que, tras un proceso de gestación, se convertirá en el fruto-Jesús. Porque todo dinamismo que Dios desencadena llega a su término. "La Palabra de Dios no deja de cumplirse" (Lc 1,37).

María hubo de esperar treinta años para descubrir el sentido pleno de todo lo que le sucedía. Entonces aparecería su Hijo como el Profeta escatológico. El le indicaría por dónde iban los caminos de Dios. Y cuando su Hijo, Profeta de los últimos tiempos, fuera ejecutado por los hombres en la cruz, ella seguiría preguntándose: "¿Cómo será esto?" La respuesta completa a su pregunta se la daría el Espíritu de su Hijo resucitado, el Hijo de Dios, Señor y Mesías, la mañana de Pascua. La vocación de María no está apoyada en evidencias, sino en la confianza en Dios que nunca falla.

¿Para qué es, en concreto, vocada, con-vocada María? María es llamada por Dios a dar vida al primer germen del reino: Jesús. En ella se produce una auténtica creación del Espíritu, surge un mundo nuevo (cf Mt 1,1.18). Dios quiere disponer de ella, de su biología, para que su Hijo nazca de mujer (Gál 4,5).

¿Cuál fue la respuesta de María? Lucas puso en sus labios una palabra de compromiso: "He aquí la esclava del Señor" (Lc 1,38). Esta es la palabra de la Virgen, aquella que define totalmente su disponibilidad. Para María creer es responder a su vocación. Por eso el sentido de su destino fue resumido por Isabel así: "Feliz tú que has creído, porque las palabras del Señor se cumplirán" (Lc 1,45).

La vocación exige un compromiso y una actuación inmediata. La llamada de Dios, como más tarde las llamadas de Jesús, es incondicional, irrevocable. Nada puede interponerse entre Dios y el llamado. No vale decir: "Permíteme primero ir..." (Lc 9,59-62). Dios exige compromiso inmediato: "(Sígueme!" María demuestra la inmediatez y presteza de su respuesta: "Aquí está la esclava del Señor", y se dispone en seguida a visitar a su prima para contemplar el "signo" de su vocación. Y por ello estaría dispuesta a abandonar a José, a perder su propia honorabilidad social, sus proyectos humanos. María lo abandona todo: sus planes, su mismo matrimonio... Con tal de responder a Dios.

María tuvo que ir asimilando poco a poco el Evangelio. Mantuvo su Sí durante toda su vida. Su actitud fue de extraordinaria docilidad. Se identificó tanto con su Hijo que las condenaciones que sobre él recayeron incidieron también en ella. Participó del oprobio de Jesús, condenado como un criminal. Su presencia en la cruz fue la acogida solidaria con Jesús del desprecio del mundo. Allí experimentó la sed de Dios, que compartía con su Hijo (cf Jn 19,28). Pero también resucitó con su Hijo la mañana de Pascua. El aleluya pascual la inundó de bienaventuranza. Ella, la creyente bienaventurada, asistió al renacer de la vida, de la fe, al brotar del Espíritu en medio de la comunidad de Jesús (cf Hech 1,14).

Permíteme ahora, que concluya haciéndote algunas preguntas. Respóndelas cuando quieras, ante la imagen de María.

¿Siento en mí la alegría de mi vocación? ¿Soy feliz con mi vocación? ¿Cuáles han sido las pruebas más difíciles a las que se ha visto sometida? ¿Me hace todo ello comprender de otra manera el misterio que encerraba María? ¿Cuál está siendo mi respuesta a la llamada particular que Dios me ha dirigido? ¿En qué medida las reflexiones me llevan a modificar mi imagen de Dios? ¿Quién es Dios para mí?

Concluyo por hoy mi carta. Llévate contigo hoy este mensaje. Piensa en tu Dios y pídele que te revele tu verdadera vocación, su sueño sobre ti. Y cuando lo descubras te asombrarás. Comenzarás una historia de felicidad y de reajuste. Si todavía no te ha llegado la llamada, espera, que llegará. Si te ha llegado y no te atreves, pídele audacia, que en ello te juegas lo mejor de tu vida. Tampoco tú, como María, has nacido para ser mediocre.

SÚPLICA A MARÍA DEL ASOMBRO

Asombrado me tienes,
María del Asombro.
El poder del Altísimo
te cubrió con su sombra.
El Espíritu te hizo
taller,
fuente,
seno fecundo y bendito,
cómplice enamorada
de su obra maestra.
Y en un momento de inspiración,
asombrada, iluminada, energizada,
engendraste al Santo,
al Hijo del Altísimo,
a tu pequeño Jesús.
Y asombraste a José,
agraciado para siempre
con tu compañía y bendición.
Y asombraste a la historia,
mujer y madre,
eslabón imprescindible de la Vida
de la Promesa imprevisible
y en ti realizada.
Y asombras
a quienes siguen preguntándose
porqué algo tan nuevo,
tan único,
tan incomprensible,
tan virginal,
madre virgen de Jesús,
el pequeño hijo del Altísimo,
que no de José.
Asómbranos, María,
y acógenos en la sombra que te envuelve,
Espíritu santo,
nube luminosa
que te rodea como un manto,
y llévanos al corazón
del Misterio
de la Encarnación de Dios.

DÍA 4:

MARÍA EN EL CAMINO DE LA FE

MEDITACIÓN

¡Bienaventurada tú, que has creído! La fe es un regalo. Lo más espontáneo es desconfiar, dudar, no creer. Lo vemos en nuestra experiencia ordinaria. Tras habernos sentido decepcionados por una persona, ¿cómo volver a creer en ella? En la sociedad en la que cada uno busca su supervivencia y lo hace pisando a los demás, ¿cómo vivir confiados? ¿Puede uno fiarse de quien le pide dinero, de quien se encuentra en la noche en una calle? ¿Se puede creer en los amores eternos, en las confesiones de fidelidad? Muchas noticias y experiencias nos incitan a ser desconfiados.

Aquí valdría también aquello que de "si no confías en el hermano que ves, ¿cómo dices que confías en el Dios a quien no ves?". No es fácil tampoco creer y confiar en Dios. Hay personas que desconfían de él sistemáticamente cuando han visto que sus oraciones han sido inútiles, que sus gritos y petición de auxilio han resultado vanos. ¿Cómo confiar en un Dios que no aparece, que no habla, que no actúa?

Por eso es importante, hermanas y hermanos, contemplar hoy a María de la Fuencisla, María del Salto de la Fe.

Cuando María recibió su vocación y la acogió con aquellas palabras "Hágase en mí, según tu Palabra", María tuvo que dar un salto y lanzarse al vacío. María tuvo que ir superando sucesivas tentaciones hasta llegar a la fe total.

¿Qué salto hubo de dar? En primer lugar, María creyó en la Palabra que había escuchado. Tuvo la convicción de que no eran imaginaciones. El evangelista Lucas nos narra un poco antes, cómo el sacerdote Zacarías estaba en el templo; tuvo una visión y escuchó unas palabras del ángel Gabriel. Dios en aquel momento le inspiró con fuerza que iba a tener un hijo en su ancianidad y que este hijo iba a ser un gran profeta. Zacarías no se lo creyó. Dudó y mantuvo su duda. Como resultado de ello hubo de recluirse en casa y quedó mudo. No quiso dar el salto de la fe. No quiso aparecer ante el pueblo como un iluso y anunciar algo, que después sospechaba que no iba a ser verdad. Renunció a hacer el ridículo. María, sin embargo, fue audaz, creyó la palabra. Por eso, se puso en camino. "Ponerse en camino" significa muchas cosas. Es una preciosa expresión que indica cómo responder es "decidirse". María se puso en camino porque había escuchado la Palabra de Dios y se la había creído, había confiado absolutamente en ella.

Fue hacia la montaña. Abandonó su familia. Dejó a José. Esta separación no tuvo que ser fácil. Hubo de responder a muchas preguntas. Quién sabe si al hablar de su futura maternidad no suscitó la ira, la desconfianza, las miradas hirientes, las sospechas de quienes la rodeaban. María se puso en camino, tal vez después de escuchar palabras horribles, desprecios, después de ser considerada como una marginal.

Y llegó a Ain Karim. Allí estaba una mujer providencial, que iba a ser para ella su tutora, su amiga, su animadora. Era Isabel. Isabel actuó movida por algo divino. Sintió –al escuchar el saludo de María- que algo se movía en su interior: en el de ella y en el de María. Movida por el Espíritu Santo, le dijo a María las palabras que ratificaban la verdad de su vocación: ¡Bienaventurada tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!

Isabel sabía muy bien qué ocurre a una persona cuando no cree. Tenía a su lado a su esposo Zacarías. Allí estaba en casa, recluido. Él no se había puesto en camino. Él no podía saludar con su palabra. Estaba mudo. Más que bienaventurado era un desgraciado por su falta de fe. En cambio, María caminaba, estaba en camino, hablaba. Isabel la proclamó "bienaventurada". Es la primera bienaventuranza del nuevo testamento, la que se proclama sobre María.

Y María da razón de su fe, cantando el Magnificat: Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi Espíritu en Dios mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí".

Y María continuó su camino de fe. Se quedó con Isabel y Zacarías tres mes. Hasta que nació Juan. Y les servía. Su conciencia de ser madre virginal de un ser misterioso, no la llevó a la inactividad. Se hizo, más que nunca, servidora. Allá lejos, a más de ciento diez kilómetros, quedaba José. Más solo que nunca. Sufriendo la distancia de su prometida. Aquí quedaba María, también sufriendo la distancia, la primera separación de sus padres y de su prometido. Todos tenían como único refugio a Dios. María confiaba absolutamente en Dios. Le fue concedido el don de la fe.

Este don hubo de seguir desarrollándose. El camino de María tuvo noches oscuras. Tentaciones: "una espada te atravesará el alma"; "no entendía"; "meditaba todas estas cosas en el corazón"; ¿cómo podrá ser esto, pues no conozco?"

El pecado que más recriminaba Jesús a sus discípulos era "la falta de fe". Podían ver las cosas más portentosas y, sin embargo, no creían. Eran duros de corazón. Creo también, hermanas y hermanos, que nuestro pecado más grande es la falta de fe, de confianza. Esto es muy peligroso. Quien no tiene fe, se busca seguridades y poco a poco se crea sus ídolos, sus dioses. Podemos vivir dentro de las estructuras de la iglesia, dedicados todos los días a las cosas eclesiásticas y no tener fe. La fe no es hacer cosas, ni siquiera cosas religiosas. Fe es confianza, amor apasionado a Dios. Podemos incluso hacer nuestros rezos, decir plegarias y palabras -como Jesús decía de los paganos- y no tener fe en el Dios y Padre de Jesús. A veces confían más en Dios quienes están lejos, que quienes están cerca. "Lo peor no es tener un alma perversa -decía Péguy-, sino un alma acostumbrada". Quien tiene fe habla de Dios con frecuencia, lleva a su corazón en todo su ser. Quien tiene fe, lo invoca, vive constantemente en su presencia. Confía. No teme. Los miedos, la búsqueda de seguridades religiosas, son muestra de la falta de fe.

Tener fe se identifica, ante todo, con una relación personal de confianza. María manifestó una confianza absoluta en Dios y también en Jesús. ¿Cuáles son los motivos por los cuales soy a veces tan incrédulo o incrédula? La incredulidad crece hoy, por falta de relación, de contacto con el Misterio y, sobre todo, con la Palabra de Dios.

Tal vez tengas la Biblia en casa. Pero ¿lees la Palabra? ¿La meditas? ¿Quieres hacer del Evangelio tu regla de vida? María decía: Hágase en mi según tu Palabra, porque meditaba la Palabra. La Iglesia es comunidad de creyentes, cuando está apasionada por la Palabra de Dios.

Quien cree en Dios, cree en sus hermanos. El que te cree, te crea. Todo es posible para el que cree. Mira a tu hermano con fe, mira a tu hermana con fe, y serás capaz de

transformarlo poco a poco. Bienaventurado tu que has creído, bienaventuradas aquellas personas que tienen en su comunidad, en su familia a un auténtico creyente.

Así se seremos felices. ¡Quien te cree, te crea! ¡Bienaventurado el que cree!

SÚPLICA A MARÍA EN EL CAMINO DE LA FE

Creer en Dios, como tú,
creer en los demás, como tú,
creer en mí mismo, como tú,
¡qué difícil tarea!
¡María de la Fuencisla!
Porque creer
es lanzarse al vacío.
Creer es confiarse sin reservas.
Creer es exponerse a perder,
y a jugárselo todo a una carta.
Y tú, Myriam de Nazaret,
viviste esta aventura.
Creíste en Dios,
a pesar de disponer
de muy pocas señales
de su presencia, de su cercanía.
Fuiste aprendiz de creyente,
sin que nadie supiera dirigirte
por ese camino oscuro.
¿Recuerdas cuando casi nadie
apostaba por ti?
¿Cuándo todos criticaban tu embarazo?
¿Cuándo recibían a tu hijo,
tu pequeñísimo Jesús,
con recelos de hijo ilegítimo?
¿Recuerdas cuando José
se llegó a preguntar seriamente
si debía abandonarte?
¿Recuerdas cuando
contemplabas a tu Hijo
y te preguntabas qué sería de él?
¿quién sería Él?
Pero tus preguntas,
nunca llegaron a ser duda.
Sabías que Dios
no te iba a defraudar.
Creíste en Él, más allá de las apariencias
y de los argumentos.
Y te confiaste locamente,
como sierva para siempre.
Y, por eso,
confiabas en todos,
comprendías a todos,
creías en todos,
a pesar de sus defectos,
a pesar de sus malas intenciones.
Para todos ellos,
pedías el vino de la fe,
María,
en quien el amor,
todo lo cree.
Y creíste también en ti misma.
Sabías que la energía de Dios
estaba en ti
y nadie podría contigo,
porque Dios
había hecho obras grandes
por ti, en ti.
María de la fe,
intercede por nosotros,
prolonga en nosotros,
tus hijas e hijos,
la fuerza impresionante,
de tu fe.

DÍA 5:

MARÍA, PRIMERA DISCÍPULA

Y SEGUIDORA DE JESÚS

MEDITACIÓN

Parece extraño. Pero después de veinte siglos hay personas y grupos que se definen, nos definimos como "seguidores de Jesús". No se trata de un seguimiento de mera conmemoración, o de un seguimiento de ciertas ideas. Lo característico del seguimiento cristiano consiste en reproducir su forma de vida, el hacer de sus palabras la norma y regla suprema del modo de vivir. Hay formas diversas de interpretar este seguimiento. Unos siguen a Jesús en el matrimonio, otros y otras siguen a Jesús en la vida religiosa o consagrada y en sus diversas formas. Otros siguen a Jesús en su ministerio y servicio desinteresado a su iglesia.

Seguir a Jesús no es una tarea sencilla. Así como para ser un buen médico, un buen ingeniero, un buen artista es necesaria una fuerte preparación, así también para seguir a Jesús hay que seguir un serio, intenso y amplio proceso formativo. Porque seguir a Jesús no es simplemente admirarlo, sino reproducirlo en la propia vida, revestirse de Él, identificarse poco a poco con Él, en los sentimientos, en la forma de vivir y en su relación con Dios Padre, con los demás, con las cosas. Es identificarse con Jesús hasta morir con Él.

Esto lo comprendieron muy bien sus discípulos y discípulas. El seguimiento comienza siempre con una llamada. Nadie podía seguir Jesús si previamente lo llamaba. Hoy, celebramos la festividad de san Mateo. Se le acercó Jesús, cuando estaba sentado en la mesa de los impuestos, pues era recaudador, y con una autoridad admirable y una capacidad de seducción impresionante, le dijo: "Ven y sígueme". Mateo sintió tal seducción que dejó todo inmediatamente: los dineros, la mesa, los recaudadores. Celebró una fiesta de despedida y emprendió el camino del seguimiento. Jesús llamó a un grupo de jóvenes. No solo los doce apóstoles; los evangelios nos hablan también de Leví, de José, de Matías. Lo más llamativo es que también llamó a algunas mujeres: una, la primera era María Magdalena, también a Susana, a Juana mujer de Cusa. Lucas nos lo dice así: "Y sucedió a continuación que iba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios; le acompañaban los Doce, y algunas mujeres ... y otras muchas que les servían con sus bienes" (Lc 8,1-3).

Seguir a Jesús significaba abandonarlo todo para estar con él continuamente, para vivir su misma vida y compartir su misma misión. Era ora, actuar como él, escuchar su enseñanza, ejercer la misión que él ejercía, estar dispuestos a cualquier eventualidad. Los que seguían a Jesús sabían que no tenían sueldo. No tenía morada permanente. Eran itinerantes, nómadas. Confiaban absolutamente de la providencia de Dios y de los demás. No tenían posesiones. Podía ocurrirles cualquier cosa, y probablemente no eran bien vistos por las autoridades. Entrar con Jesús fue muy arriesgado. Se jugaban la vida y habrían podido morir como subversivos y acompañar en la cruz a Jesús. Los discípulos no tuvieron tanta valentía y lo abandonaron. Las mujeres discípulas fueron más perseverantes y llegaron hasta la cruz, pero se mantuvieron de lejos.

María siguió a su Hijo de una manera especial. Al principio tuvo que resultarle enormemente extraño su comportamiento, su mensaje. María veía que su Hijo no hablaba como los demás. Que su doctrina era nueva. Su hijo era sólo un laico, un obrero. No

había estudiado en ninguna escuela rabínica. No era sacerdote del templo, ni escriba, ni fariseo. Y sin embargo se atrevía a enseñar. Era un carismático. La gente se preguntaba: ¿De dónde le viene todo esto? Jesús no disponía de ningún documento, que acreditase su autoridad, de ninguna investidura procedente de alguna persona importante. María tuvo que sufrir una enorme sorpresa. Ella estaba habituada al Dios del antiguo testamento, su hijo parecía demasiado novedoso que las autoridades de Israel iban tras él. No siempre las madres comprenden a sus hijos. Dice el evangelista Marcos, que sus parientes fueron a hacerse cargo de él porque pensaban que estaba loco, o fuera de sí, o padeciendo una exaltación mística. Su madre y sus hermanos se presentaron. Pero Jesús dijo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Nada extraño que María no comprendiera al principio a su Hijo, según las versión de los evangelistas sinópticos. Pero la verdad es, que ella poco a poco fue iluminada y encontró otra forma de ser discípula de Jesús, la mejor discípula de Jesús desde casa. A la hora de la verdad estuvo junto a la cruz. A la hora de la verdad fue madre y maestra espiritual de los mejores discípulos de Jesús.

Después de morir y resucitar el Señor, seguir a Jesús no tiene esas características materiales de entonces. Pero sí que significa llevar una vida digna del Señor, responder a su Palabra, obedecer su llamada. Seguir a Jesús hoy es el mejor regalo que una persona puede recibir. Es iniciar la vida eterna, aquí en este tiempo.

Me vais a permitir que delante de María os haga hoy una reflexión especial a vosotros jóvenes. Me llama la atención conocer que aquí en Segovia, desde hace tiempo hay una enorme sequía vocacional. Parece que Jesús no llama a nadie o casi nadie al ministerio ordenado, al sacerdocio, que tampoco llama a nadie o casi nadie a la vida religiosa, contemplativa, apostólica, misionera. Yo percibo la fe de este pueblo, el amor a la Eucaristía, a María de la Fuencisla, la formación espiritual y religiosa que se recibe y estoy admirado. Pero, ¿qué es lo que ocurre?

No quiero culparos, a nadie. Pero, me parece que tenéis miedo. Tenéis miedo a una forma de vida que demasiado cómodamente identificáis con lo que veis. El seguimiento especial de Jesús en la vida sacerdotal o religiosa es una experiencia fronteriza. No sois llamados a reproducir el viejo estilo, sino a crear uno nuevo. Los seguidores de Jesús del nuevo siglo y milenio serán diferentes de los del pasado. Así ha sido siempre. Estoy seguro que varios de los que me escucháis sentís, habéis sentido esa llamada, pero tratáis de ocultarla, de olvidarla, os da miedo. Además, son pocos los que os ayudan a seguirla. Los demás hemos de orar, insistentemente, para merecer todos la gracia de nuevos presbíteros, de nuevos religiosos, de nuevos misioneras, de nuevas contemplativas que mantengan en esta ciudad e iglesia particular de Segovia el espíritu del seguimiento de Jesús.

SÚPLICA A MARÍA, PRIMERA SEGUIDORA DE JESÚS

Seguir a Jesús,
como tú, María,
es revestirse de Él,
ir adquiriendo cada vez más
un asombroso parecido con Él,
es reproducirlo.
De ti aprendemos cómo seguir a Jesús
-aunque de Él nos separe
distancia de siglos
tú nos enseñas cómo hacer de Jesús
el amor y la pasión dominante de una vida.
Tú misma nos configuras con Él,
te haces en nosotros madre suya,
describes en nosotros sus rasgos.
En nosotros lo haces niño de Belén
y Crucificado de Jerusalén,
artesano del taller
y profeta del Reino,
silencioso contemplativo
y apasionado activo.
María del seguimiento,
mira a la iglesia y sus comunidades.
De ella fuiste fundadora.
Intercede por ella,
para que sea más diligente
en el camino de Jesús,
para que no evite
los peligros que el seguimiento implica
para que no desacelere
el ritmo de su marcha,
para que pierda los temores
que la paralizan
o hacen más lento su camino.
María del seguimiento,
¡ayúdame a ponerme en marcha de nuevo!

Quiero seguir a Jesús hasta el final…
No solo hasta Getsemaní,
como los apóstoles.
No solo hasta el Gólgota,
manteniéndome en la lejanía,
como las santas mujeres.
Quiero estar contigo,
siguiéndolo hasta la Cruz,
junto a la Cruz
y junto a ti,
como discípulo amado de Jesús,
hijo espiritual tuyo.
Quiero contigo,
allí junto a la Cruz,
recibir la herencia….
el Espíritu,
el último Espíritu que Jesús exhalará.
Quiero tenerte siempre,
siempre,
en mi casa…
así no dejaré nunca de seguirlo,
así me será imposible
dejar de creer…
y seré bienaventurado, feliz.
Intercede para que en esta Iglesia de Segovia,
surjan nuevas vocaciones al seguimiento
en la vida religiosa,
en el ministerio sacerdotal.
Tú lo puedes todo,
porque tu voz
-voz de Jesús y del Espíritu-
nos llamará y no podremos
resisitirnos. Gracias,
primera seguidora de Jesús.

DÍA 6:

MARÍA, DE CANÁ

ESPOSA E INTERCESORA DEL AMOR

MEDITACIÓN

Hoy quiero hablar sobre “el amor”. El amor de amistad, el amor de los novios, de los esposos. Quiero contemplar a María en Caná de Galilea, pero también a María de José. ¿Qué sería de todos nosotros, si ahora nos arrancaran del corazón todos los sentimientos de amor? ¿Si ante un amigo o amiga nos mostráramos insensibles? ¿Si de repente ese enamoramiento que nos posee, desapareciera? ¿Si ante papá o mamá, si ante tu hijo o tu hija, no sintieras nada, absolutamente nada? ¿Qué sería de nosotros sin el amor?

Ya puedo tener todas las cosas del mundo. Si no tengo amor, no soy nada.

Hay gente, que renuncia al amor. Hay un sucedáneo de amor, pero que lleva en sí mismo el veneno de lo destructivo. Se llama a veces “hacer el amor”; pero no implica vivir el amor , vivir en el amor; hace funcionar el cuerpo, pero no el alma.. A la larga, lo que sienten es ese admirable mecanismo que el creador ha puesto en el mundo animal, pero no llegan a las experiencias más misteriosas de la vida: a vivir la experiencia de un solo corazón, una sola alma, una sola carne, todo en común.

Jesús no fue enemigo del amor, ni del enamoramiento, ni del matrimonio. Tampoco María.

Hay una tradición, la del evangelio de Juan, según la cual Jesús tomó como escenario de su primera actuación en público una fiesta de bodas. María, la madre de Jesús y sus parientes fueron a la boda con pleno derecho. Jesús, sin embargo, llevaba ya una vida independiente. No estaba en casa con su madre. Había escogido ya varios discípulos. Iba itinerante por Galilea. Pero le llegó a él una invitación para asistir a la boda y aceptó. Durante la boda faltó el vino. María le pidió a Jesús que actuara. Aunque puso algunas reticencias, manifestando que se había distanciado de su madre (¿qué hay entre ti y mi, mujer?), accedió y concedió a todos un excelente vino nuevo. La gente se preguntaba que “de dónde venía”. Los discípulos, María y los parientes de Jesús comprendieron que venía de Dios. Contemplaron la gloria de Jesús y todos juntos lo siguieron hacia Cafarnaum.

Este hecho nos permite contemplar hoy a María desde otra perspectiva: desde la perspectiva del matrimonio.

María tenía experiencia del matrimonio judío. José le había sido dado por esposo. José era un hombre justo. Justo significa muchas cosas. Entre otras, que era el hombre justo para María, el hombre adecuado. Los dos fueron agraciados por diversas experiencias de Dios, que se traducen en apariciones de ángeles. María tuvo la experiencia de la Anunciación. José tuvo la experiencia del ángel del Señor en sueños. María dijo sí a la Palabra de Dios. José dijo sí al ángel que en sueños le pidió que aceptase a María por esposa. Quien unió a María y José como esposo y esposa fueron los ángeles de Dios, o dicho más teológicamente: fue Dios quien los unió. Y ellos se unieron en Dios, diciéndose mutuamente que “sí”. José aceptó a María como ella era. José no puso reparos a la situación en que estaba: ya embarazada, sin haber intervenido él. Este gran hombre creyó que lo que sucedía en su novia era obra de Dios. Y la respetó hasta el máximo.

Conviene evocar la historia de amor entre María y José. Fueron dos personas extraordinarias, que reconocemos más por sus frutos que por conocimiento directo. La persona de Jesús no es el resultado de un ambiente hogareño complejo, problemático, desequilibrado. Todo lo contrario. Jesús no tuvo una psicología desequilibrada, ni afectada por problemas de relación. María y José lo iniciaron en la humanidad y le ofrecieron la iniciación necesaria para ser un varón de primera categoría.

Cuando a Jesús le preguntaron que si era lícito el divorcio, Jesús respondió que lo que Dios ha unido no lo separe el hombre. O dicho de otra forma: que lo que Dios ha unido, que el hombre y la mujer lo cultiven para que dé fruto. María y José fueron unidos por Dios. Decía san Agustín: que las mejores amistades son aquellas que Dios aglutina. Dios sabe unir a las personas mejor que nadie. Dios hace surgir el fuego más apasionado que podemos imaginar entre las personas. Dios no es enemigo del amor, en ninguna de sus dimensiones: ni del amor de amistad, ni del amor de afecto, ni del amor erótico, ni del amor de caridad. Dios es Amor en toda su cuadrafonía. Cuando Dios concede amor, ese amor no pasa. Sólo es necesario que se cultive.

Si tú recibes una precios y valiosísima semilla, quien te la regala puede decirte: es una semilla capaz de fructificar en un precioso e impresionante árbol; pero la tienes que cuidar, que proteger, que atender constantemente. Así es el amor primero. Un amor lleno de energía, pero enormemente vulnerable. Quien lo cuida, descubre que tiene marca de eterno.

No hemos hecho justicia a José. Hablamos sólo de María, pero José fue para ella un personaje esencial, un hombre con quien ella vivió, con-vivió, compartió su vida, su espiritualidad, su misterio. José fue la persona que creyó en María, por encima de toda sospecha. Fue el hombre que la defendió hasta el límite. Fue quien asumió a Jesús como si fuera su hijo, y se convirtió para él en imagen viviente de Dios Padre. A veces, nosotros separamos en nuestra reflexión, en nuestra imaginación artística, lo que Dios ha unido. José perteneció a María, María a José. Los dos tenían un solo corazón , una sola alma, todo en común.

En las bodas de Caná, parece ser que María ya estaba viuda. No se hace en ella mención de José. ¿No iba María a recordar a su esposo? ¿No iban a ser cada uno de los momentos de aquella celebración, momentos de nostalgia, de evocación, de recuerdo de aquel hombre que tanto le había dado a ella y a su pequeño Jesús? ¡Faltaba el vino! Siempre en una boda falta algo. Siempre en la relación entre un hombre y una mujer hay algún miedo, alguna sombra, algún mal presentimiento. También María recordaba que estuvo a un tris de perder a su José. Por eso, ahora reconoce el poderío profético y mesiánico de su hijo y le pide que actúe y solucione la falta de vino. Vino es un símbolo de alegría, de felicidad. Más en el fondo, María quiere pedirle a Jesús que actúe como amigo de los novios, que entre en relación con ellos. Cuando María y José realmente se encontraron y para siempre, fue cuando apareció en medio de ellos Jesús. Jesús fue su mayor lazo de unión, la alegría de su amor. Lo que Dios había unido, Jesús lo hizo todavía más fuerte e irrompible.

Así comienza Jesús su ministerio profético: bendiciendo el amor humano. Dando futuro al amor, que a veces dura tan poco. Diciendo que cada unión matrimonial es y debe ser una fiesta en la que Dios está presente y bendice.

Pensad en vuestros amores. Quien ama, quien está enamorado, ha recibido una llamarada de Dios-Amor. El amor es lo más sublime que un ser humano puede encerrar dentro de sí. Cuando amamos con todo nuestro ser, cuando una realidad hace brotar en nosotros ese vino del amor que embriaga, es Dios quien está ahí.

Cuando te enamoras, en el fondo, estás enamorado del infinito, de Dios. Quisieras todo, todo. Enamorarse es estado naciente. Es amanecer. ¿Podrá llegar el amor hasta el mediodía y hasta el atardecer? ¿Podrá realizarse el sueño de los enamorados, que se expresa en expresiones como “para siempre”? Algunas personas, más cautas, suelen decir, como lo máximo: Hasta que la muerte nos separe. Los discípulos de Jesús deberíamos decir: Hasta que la muerte nos una definitivamente. Hasta siempre. Desde siempre.

No hay que llamar amor aquel sentimiento que no ha pasado las pruebas del auténtico amor.

SÚPLICA A MARÍA DE CANÁ

En una fiesta de bodas
nos mostraste a Jesús,
María de Nazaret.
En aquella fiesta del amor,
faltó el vino.
A tu Hijo Jesús,le pediste ayuda.
A quienes servían, pediste obediencia
a la Palabra de tu Jesús.
Y el agua se convirtió
en vino excelente.
Así es el amor humano.
Pronto falta. Es vulnerable y se pierde.
¡Qué difícil es mantener un amor,
que el principio enamora,
entusiasma, diviniza!
¿Por qué tan pronto
se vuelve rutinario,
y después se ve negado
por pequeños roces,
disputas, desatenciones?
Si el amor es una flor, ¿habrá, María,
flores que nunca mueran?
Tu comprendes a los matrimonios
para quienes su vida en común
se torna difícil, a veces heroica.
No fue fácil tampoco
tu convivencia con José.
Pero hubo en tu casa buen vino.
Jesús era vuestro lazo de unión,
el fuego de vuestro hogar,
la llama de vuestro amor.
Así, puede ser hoy también.
María de la Fuencisla,
te pedimos por todas las parejas,
por los novios, los recién casados,
los hogares con hijos,
las parejas de ancianos....
Tú que bendices el comienzo,
lleva el amor hasta el final.
Tu hijo decía que amar
es entregarse sin reservas,
que amar no es anular al otro,
sino anularse a sí mismo por el otro.
Tu hijo decía que amar
es lavar los pies,
y no hacer del otro un esclavo;
que amar es perdonar, no siete veces,
sino setenta veces siete;
tu hijo pedía a las parejas
mirarse con amor, y evitar
las miradas de la infidelidad;
cumplir el pacto de amor
hasta la eternidad.
Míranos, María,
mira a tantos matrimonios
de Segovia,
como el día en que fuiste
la testigo privilegiada
de su primer sí.
Que el amor crezca.
Y a las jóvenes parejas de novios,
enséñales a soñar
un amor nuevo,
vino nuevo en nuestra sociedad.

DÍA 7:

MARÍA, JUNTO A LA CRUZ DE JESÚS

MEDITACIÓN

El cuarto evangelio inicia su relato de la pasión de Jesús con una escena que tiene lugar en u huerto: el huerto de Getsemaní. Y lo concluye con otra escena que acontece también en un huerto: el lugar donde Jesús se aparece a María Magdalena. La imagen del huerto es importante en el libro del Cantar de los Cantares. El huerto es el lugar donde está el Amado, el lugar donde el Amado se encuentra con la hermana, con la Novia. Es el lugar de los amigos, de la Amada, del Amado. En lugar en el que sopla el viento del norte y del sur y lo llena de fragancia. El lugar donde está la fuente sellada, la fuente de agua viva.

Allí es crucificado Jesús. En el huerto Jesús es despojado de sus vestiduras. Su túnica es echada a suertes. Los soldados lo crucificaron, lo despojaron de todo. En contraposición a los soldados, José de Arimatea cuidaron del cuerpo de Jesús, lo envolvieron en vendas con los aromas de áloe y mirra.

Aparece también el discípulo amado de Jesús. Del costado de Jesús mana sangre y agua y el Discípulo Amado lo vio. En Caná hubo agua y vino. En el huerto del Calvario, agua y sangre,

Cuando llega la hora de Jesús, Jesús tiene sed. En Caná faltaba el vino. Aquí Jesús tiene sed. “Tengo sed”, dice dramáticamente aquel que había calmado la sed y el hambre de la gente. Le ofrecen no vino bueno, sino vinagre. Le ofrecen a Jesús vino malo, empapando totalmente con él una esponja. Y Jesús bebió. Aquí se han dejado el vino malo para el final. Mientras que en Caná se reveló la Gloria, en el Calvario se oculta. Cuando Jesús dice que tiene sed, sed de Dios, porque entra en la más absoluta soledad: llega el punto central y entonces Jesús entrega como Amado, el Espíritu, su Espíritu a la esposa, representada junto a la Cruz por el pequeño grupo de los que están junto a Él.:

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre María la mujer de Cleofás y María Magdalena. María y este grupo no solo estaban junto a la cruz, sino que vinieron hasta ella, se presentaron. Se ace3rcaron hasta la misma cruz, en contraste con aquellas que se quedaron lejos. Se acercan a la cruz cinco cuatro mujeres y un discípulo; la primera, la madre de Jesús. La representación masculina está reducida al mínimo. Aquella pequeña comunidad era, sobre todo, femenina En cambio en Caná de Galilea, la comunidad de Jesús, sus discípulos eran también cinco, pero todos varones.

Estando ya con Jesús esta pequeña comunidad, recibe de Jesús una revelación. Al discípulo amado Jesús le revela que María es su Madre. A su madre, le revela que el Discípulo Amado es su Hijo. Desde aquella hora el Discípulo acogió a María en su casa. El discípulo se convierte ahora en “hermano de Jesús”. Comienza un nuevo tipo de relación con Jesús. Este discípulo representa a todos los discípulos y discípulas. Recordemos que cuando Jesús se aparece a María Magdalena, le dice: “Di a mis hermanos, que voy a mi Padre que es vuestro Padre”. Y podría haber añadido: “Quedáos con mi madre que es vuestra madre”.. María se convierte en la gran Madre espiritual de la Iglesia, en el momento del máximo dolor, de la máxima soledad.

¿Qué fue de María, después del Calvario? La única noticia que nos queda es que vivió con ese discípulo a quien Jesús amaba. Ese discípulo era un hombre extraordinario.

En torno a él se formaron comunidades cristianas de gran hondura espiritual. Fueron perseguidos. Tal vez tuvieron que huir de Jerusalén. El ambiente espiritual que refleja el cuarto evangelio debió ser el ambiente espiritual de María. Ella desapareció de la tierra en el más profundo anonimato. No sabemos cómo, ni dónde. Los evangelios apócrifos se preocuparon de inventar legendariamente la respuesta. Pero, la verdad es que María se fue y vino. Se hizo presente.

A todos nos llega el momento del dolor, del sufrimiento, de la soledad, de la muerte. Es algo que no podemos evitar. Todo en la vida tiene su final. Jesús vivió sus últimos días, sus últimos momentos en un clima de amor, de amor apasionado, de alguien para quien morir es morir de amor. Jesús murió recibiendo lo contrario de lo que él había dado. Compartió la suerte de tantos hombres y tantas mujeres que mueren inocentemente por la justicia. Dio su vida por amor.

Quiero en este día recordar a tantos hombres y mujeres que sufren, que están solos, que padecen la injusticia, que son condenados, que mueren jóvenes... Quiero deciros que María de la Fuencisla es, sobre todo, de ellos. Está junto a la cruz, junto a todas las cruces. La devoción a la Virgen de la Fuencisla nos lleva a tener devoción a los últimos, a los que están solos, a los que tienen experiencias de crucifixión y de dolor.

Sé que es difícil acercarse a la cruz. Uno prefiere mantenerse lejos. Hay personas maravillosas en la tierra que se acercan a la cruz de los que sufren. Que con compasivos. Que llevan compañía, recursos, ayuda, consuelo. Ahí tenemos a quienes dejan su casa, sus comodidades para llevar la buena Noticia del Evangelio; a quienes dedican sus días a atender a los enfermos, a los ancianos, a los niños abandonados; ahí tenéis a tantas personas que atienden a sus familiares solos... Por el contrario, ahí están aquellos que hacen lo posible por zafarse, por decir que no tienen tiempo para visitar a su padre o su madre, que están solos o en un asilo, a quienes tienen tiempo para divertirse, para tener sus vacaciones, a quienes disponen de sus recursos para su bienestar y placer, y reservan lo mínimo o tal vez nada para los necesitados.

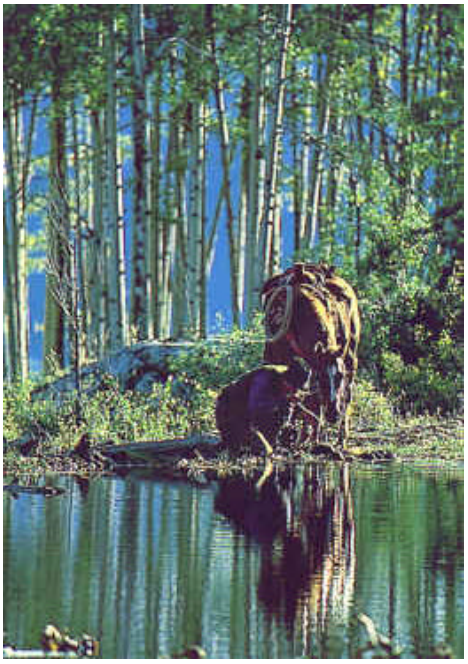
La característica de un buen cristiano, un buen seguidor de Jesús, de un hijo de María, consiste en las obras de misericordia. ¡Esta es la gran vocación del cristiano! ¡Ser compasivo con los más pobres de la tierra! Estar cerca de los marginados, de los condenados. El culmen sería introducir a los pobres en la propia casa, es decir, en el propio mundo y no vivir nunca más sin ellos! Quien introduce a los pobres en su propio mundo, introduce a María. Ahí está Caritas, Manos Unidas, quienes colaboran en las grandes catástrofes que se producen, quienes pasan sus vacaciones ayudando a los del Tercer Mundo; ahí están esas mujeres, esas congregaciones religiosas dedicados a los últimos de la tierra, a quienes no quieren sus familias...

SÚPLICA A MARÍA DEL CALVARIO

María del Calvario, ¡qué grande eres!
Tuviste la valentía
de acercarte hasta la cruz,
guiando a un pequeño grupo
de discípulas y también un discípulo.
No querías que Aquel que
tanto, tanto, había amado,
muriera sin contemplar
una mirada de amor.
Allí estuviste para agradecerle todo,
y decirle que había merecido la pena
tenerle en esta tierra,
aunque... tan pocos años.
Tú María, ibas a quedar muy sola.
Antes, sin José, tu esposo.
Ahora, sin Jesús, tu hijo del alma.
Quisiera entrar en tus sentimientos,
comprender la inmensidad de tu amor.
A veces pensamos que solo sufrías,
pero allí estabas para consolar,
y darle a tu Jesús
el amor que necesitaba
para hacer del lugar del Dolor,
un huerto de Amor,
para celebrar la Ultima Eucaristía,
donde se entregaba el Cuerpo
y la Sangre por Amor.
María del Calvario,
allí recibiste una nueva misión:
Jesús te quería
"madre espiritual nuestra".
Jesús nos quería
"hijos espirituales tuyos".
¿No nos ves aquí, María de la Fuencisla?
¿Por qué, si no, estamos en tu presencia?
Somos tus hijos, tus hijas. ¡Cuídanos!
Contigo queremos estar
junto a todas las cruces de la tierra,
junto a todos los Crucificados.
Sácanos de nuestra comodidad
y haznos compasivos.
Acércanos, en primer lugar,
a los pobres de nuestras familias,
de nuestras comunidades.
Que nadie sufra por nuestra desidia,
por nuestra ausencia.
María del Calvario,
haznos amigos de los pobres,
de las víctimas inocentes,
de los abandonados.
Haznos sentir,
que la verdadera felicidad
no consiste en divertirse sin más,
en gozar para uno mismo,
sino en ser fuente de vida,
ser aroma de salvación
para tantos necesitados
de la tierra,
que son nuestros hermanos,
nuestras hermanas.

DÍA 8:

MARÍA, MADRE Y PORTADORA DEL ESPÍRITU



MEDITACIÓN

Después de la muerte de Jesús, como sucede tantas veces a las madres, a los padres, con la muerte de su hijo, de uno de sus hijos, María podía haber caído en una profunda depresión. Sería obvio considerar a María, como una mujer perdida, que no se cree lo que acaba de ocurrir. Mucha más razón habría para ello, sabiendo lo injusta que había sido la sentencia, descubriendo que todo había sido el resultado de un complot y de un juicio religioso que no contó con Dios y un juicio político que no contó con la auténtica justicia. El Sumo Sacerdote y el Sumo Representante del Imperio de Roma en Palestina se dejaron llevar por los intereses de los poderosos y hicieron aparecer a Jesús como una persona digna de ser ejecutada y condenada a muerte.

Sin embargo, nos dice nuestra gran tradición, que María no cayó en una profunda depresión. Jesús mismo le dio una nueva vocación, un poco antes de morir: "ser madre del discípulo amado"; al no decir un nombre concreto, se refería a este personaje como símbolo. María recibió en la cruz la misión y la habilitación para ser "madre espiritual" de todos los discípulos y discípulas de Jesús. Nadie puede ejercer una misión así, sólo por designación o por decreto. Se cuenta, que una vez –en los primeros siglos de la vida monástica- se acercó un joven monje a un anciano monje y le dijo: Abbá, Padre, quisiera que seas tú mi maestro. Un poco enojado, le respondió el anciano: "No me llames padre, que todavía soy discípulo". Ser padre, ser madre es un don: es tener la gracia de dar vida, de engendrar. Esto solo le corresponde a Dios; pero a veces se lo concede a algunas personas. Esa paternidad o maternidad se establece en momentos de la vida que conceden a las personas la madurez. Un hombre, una mujer pueden tener un hijo muy pronto, muy jovencitos; cuando el cuerpo tiene las condiciones para ello. Un hombre una mujer, solo pueden concebir espiritualmente, ser padre y madre en el Espíritu, después de un largo camino. María es la "madre espiritual" por excelencia. Así ha sucedido a lo largo de los siglos. ¿No veis como venimos a ella, no veis cómo la llamamos "madre"?

Para ejercer esta nueva misión, "ser madre de una humanidad caída" para necesitaba un poder, una energía especial. No lo podía ser viviendo constantemente de la nostalgia, necesitando ser consolada, lamentándose permanentemente de su soledad. Jesús le concedió el mejor regalo. Dice san Juan, que cuando Jesús murió "entregó" el Espíritu. De la misma manera que tantas veces se dice que Dios Padre nos "entregó" a Jesús. Ahora se afirma que Jesús le "entregó" a María, al discípulo amado, a las tres otras mujeres, el Espíritu, su Espíritu.

En el mundo bíblico del nuevo testamento se hablaba de Dios Padre con el término "Abbá". Y del Espíritu con el término femenino "la Ruah". Decir Espíritu es decir Viento, Aliento. Jesús estaba habitado por la Ruah. Dentro de Él había una magnífica energía que se traslucía en sus gestos, en su vitalidad, en su ingeniosidad, en su estilo,. en sus palabras, en su amor, en su constante inspiración. En Jesús moraba la plenitud de la divinidad. ¿Os imagináis lo que llevaba dentro? Pues bien: ese Espíritu es el que Jesús transmite a su Iglesia y, en primer lugar, a María.

María no se fue deprimida del Calvario. Llevaba consigo el mejor regalo. Su fe le permitía ser la portadora del Espíritu.

Este mismo dato, nos lo ratifica el evangelista Lucas de otra manera. Dice que la transmisión del Espíritu sucedió el día de Pentecostés, cuando todos estaban reunidos, con María, las mujeres y los doce, en el Cenáculo. Allí se representa el Espíritu de Dios como lenguas de Fuego. La comunicación del Espíritu de Dios tiene que ver ahí con recibir una lengua, un nuevo lenguaje que permite llevar la noticia de Jesús a todo el mundo. Pero ese nuevo lenguaje transmite fuego: purifica, acrisola y enciende. María recibió, la primera, pero no la única, un nuevo lenguaje.

Mis hermanas y hermanos de la Novena de la Virgen de la Fuencisla, en la experiencia de estos días ¿os ha ardido alguna vez el corazón? ¿Os habéis sentido como más ligeros, más dispuestos a volar? ¿Habéis recibido de Jesús una especie de aliento, de nuevo aliento? No echéis la gracia en saco roto.

Hemos acompañado a María durante ya ocho días. Estar junto a ella es el mejor contexto para recibir el Espíritu. Sin el Espíritu que viene de Jesús, de Dios Padre, no somos nada, ni nadie.

El Espíritu es la inspiración del poeta, del pintor, del escritor, del músico. El Espíritu es aquel que concede una magnífica tarde a ese jugador de fútbol que nos embelesa, a ese ciclista que parece que es llevado por un ángel interior. El Espíritu es ese estilo que tienen algunas personas y enseguida las hace sobresalientes. El Espíritu es la fuerza del alma. El poder que todo lo eleva, lo llena de entusiasmo. El Espíritu con mayúscula, el Espíritu de Jesús es la energía de la nueva Creación.

Gritemos al Abbá y a Jesús: “Envíanos tu Santo Espíritu”. Digámosle a María: “Envíanos tu Santo Espíritu”. Sácanos de nuestros estados de postración, de depresión, de esos momentos en los que pensamos que no valemos para nada, que somos basura, que no tiene sentido vivir. El Espíritu se contagia. Si has recibido fuego puedes encender a otros. Nunca seas una persona quemada, sino una persona que enciende. Así fue María.

No sabemos cómo concluyó sus días. Claro que un día nos dejó físicamente. Pero no tenemos constancia de ello. La verdad es que sigue con nosotros. ¿No percibís su Fuego? ¿No veis que María es esa amiga, que se te acerca, te consuela, te dice que merece la pena vivir? Lo más precioso de María es su corazón y su mirada. Allí es donde el Espíritu la ha hecho más bella, más atractiva, más interesante.

El corazón porque en él cabe todo el mundo. Porque en su corazón las personas separadas están admirablemente unidas. Porque ese corazón es la fragua del amor.

La mirada, porque recibió de Dios, los ojos más preciosos que podamos imaginar. Lo expresamos cada día en la Salve: “Vuelve a nosotros, esos tus ojos...”

María no desapareció. Fue asumida por Dios. Con ella se está en el cielo.

SÚPLICA A MARÍA DEL ESPÍRITU, PRIMAVERA ETERNA

Y naces, María,
de nuevo y para siempre
a una juventud
sin marcha atrás,
perenne,
primavera eterna.
Naciste cuando Jesús murió.
Su Espíritu,
a ti comunicado,
por ti recibido sin reservas,
te inspiró.
Asumida fuiste,
sí, asumida
en su gloria,
en su belleza incomparable
El Abbá tenía en ti,
aquí en la tierra
su mejor icono,
su mejor imagen femenina,
eras tú,
la Madre de los discípulos y
discípulas.
La Iglesia naciente
tenía en ti su tesoro.
Tu cuidabas de todos,
y no todos de ti.
Hasta que el Abbá
quiso ocultarte en su gloria,
en su belleza,
y Jesús quiso tenerte
junto a si.
Y naciste, María,
a la belleza;
y todo en ti
se iluminó,
¡catedral de Dios!
Y todo en ti
fue reflejo perfecto
de la Belleza
de Dios,
de Dios,
de Dios…
Más amada que nunca,
porque nunca hubo en ti
tanta belleza,
tanta redención,
tanta santidad.
Y naciste, María,
de nuevo y para siempre.
Y para nosotros eres
Niña y Joven y Madre…
Mujer de todos los tiempos,
emergencia
del sueño de Dios,
María de la Asunción,
Asunción de María.
Y hoy, aquí estás,
María de la Fuencisla.
¡Te queremos!

DÍA 9:

MARÍA, FUENTE QUE MANA VIDA,

¡SANTA MARÍA!

MEDITACIÓN

¡Llegar a la meta! Es la conclusión del camino. Existe emoción en quienes hacen el camino de Santiago y, desde el monte del Gozo, contemplan la ciudad, las torres de la Basílica, y, sobre todo, cuando ponen entran por el pórtico de la Gloria. Hay emoción e intensidad, cuando unos ciclistas hacen el último esfuerzo para entrar en la meta. Hoy también, nosotros, estamos llegando a la meta de nuestra Novena de la Fuencisla.

No se trata de acabar, sin más, sino de llegar al momento cumbre. Hoy podemos recibir y recibiremos el gran don, el gran regalo que en estos días se nos ha ido preparando. Hoy todo culmina. No es el día del descenso, sino del ascenso culminante.

Hemos recorrido un camino con María de Nazaret. La hemos contemplado en diversas situaciones de su vida: María, mujer judía y marginada; la Vocación de María; María en el camino de la fe; María primera discípula y seguidora de Jesús; María de Caná (esposa e intercesora del Amor); María junto a la cruz de Jesús; María Madre y portadora del Espíritu. Hoy, finalmente, quisiera presentar a María, como dice vuestro precioso himno a la Virgen de la Fuencisla: María, como Fuente que mana Vida, ¡Santa María!

Al final del Camino, ¡bebamos de la fuente! Bauticémonos en la Fuente que mana. María es Fuente que lleva siglos manando y nunca se agota. Su Agua es, a mi parecer, el símbolo de tres realidades que encontramos en María: la Palabra, el Espíritu y Jesús.

María es la Casa, la Morada de la Palabra de Dios. Ella tiene grabadas en su corazón todas las palabras de Dios: tanto en el Antiguo Testamento, como en el Nuevo Testamento. María es la Casa de la Palabra. Si entramos en ella veremos que es una Biblia viviente. En tu casa, hermano, hermana, tienes la Biblia. ¿No es verdad? Es un libro de Vida. En él está la carta de Amor que el Abbá ha querido dirigirte. Si no la entiendes, búscate un hermano, una hermana que te ayuden a comprenderla. Medítala. Abre el libro santo, todos los días. Aliméntate de las Palabras de Dios. Serás un hombre, una mujer de interioridad. Bebe de la Fuente de la Palabra todos los días. Comprométete a vivir de la Palabra de Dios.

María es la Morada del Espíritu. Es la mujer por excelencia. Fijáos cómo nos atrae. Ayer, nuestro Padre Obispo, se preguntaba ante todos nosotros, ¿qué tiene María que convoca a tanta gente, a tantos jóvenes, que consigue lo que nadie consigue? Creo que se puede responder: porque tiene vida y da vida, porque nadie puede contemplarla de verdad, sin sentir dentro algo muy especial; porque tiene Espíritu, porque en ella Dios Padre se revela como Madre. Porque en ella encontramos *arrimo*. Permitidme que os cite unas lineas muy reveladoras de Unamuno en su Diario intimo, sobre su experiencia de padre, que tiene perfecta aplicación a María:

> "¡Padre!. Lo más característico del cristianismo es la paternidad divina, el hacer a los hombres "hijos del Creador" no criaturas meramente, sino hijos. ¡Padre! Nuestros hijos buscan nuestro arrimo. El hijo dirige a su padre una mirada sonriente y le pide no un favor positivo, no un acto que fomente su vida, sino una mera caricia. ¡Papá! -me llama mi hijo-. y si le respondo quiere que le diga: ¡querido mío!, y se arrima a mí, se aprieta contra mí y allí se queda gozándose en sentir mi arrimo y mi contacto, en tenerme junto a él y vol-

> viendo, de cuando en cuando sus ojos a los míos para ver que le miro con cariño. El amor que se espera es, no un acto interesado ni fundado en provecho, sino el amor, el puro deleite de sentirnoe juntos, de sentirnos hermanos, de sentirnos unos a otros. Padre nuestro que estás en los cielos, en los cielos sobre todos nosotros, en el cielo común, común a todos, un padre para todos, padre común".

En todo momento bueno o malo, que sea el Abbá, Dios nuestro Padre, y su sacramento femenino en la tierra, María, nuestro arrimo. Id a su santuario. Pasado un tiempo en silencio, ante ella. ¡Escuchadla! Y sentiréis que la fuente mana.

Finalmente, en María está Jesús. El corazón de María no es su corazón. ¿Cuándo tú dices "Corazón mío", te refieres a tu propio corazón o a otra persona? ¿No es verdad que llamas "corazón" a quien más quieres? Así es María: su corazón no es su corazón biológico, es el que fue el amor de su vida: Jesús. Por eso, en su corazón encontramos a Jesús. Y ella nos lo entrega cada día. No hay eucaristía sin el regalo que viene de María. No hay sacramento de la reconciliación, sin el regalo que viene de María. Yo so pediría una cosa: Contemplad a Jesús, al Señor y quedaréis radiantes. ¿Sabéis cómo? Contemplando los misterios del Rosario

¡Hay que nacer del Agua! ¡Hay que nacer del Espíritu! Sí, estos días han sido experiencia de nacimiento. Pero el agua que mana de María es cascada, es salto. Con ella hay que lanzarse en torrente hacia nuestro mundo para llevarle el Evangelio. Ser de María es ser misionero o misionera.

Para mí, estos días han sido de gracia, un auténtico regalo. He vivido, creo que hemos vivido, en el ambiente de Santa María. He contemplado mucha paz y alegría en los rostros. Pero, en el corazón de cada uno de nosotros ha acontecido algo. María suavemente ha ido haciendo su obra.

Que tu novena no tenga fin. Hemos llegado a la meta de los nueve días. Pero, a partir de ahora, hemos recibido algo que no nos abandonará durante todo el año. Hemos bebido de la Fuente de la Vida.

ACCIÓN DE GRACIAS

María de la Fuencisla,

¡bendita seas tú,

porque Dios te envuelve con su Gloria!

¡Bendita seas tú,

porque Amor constituye todo tu ser!

¡Bendito tu corazón!

¡Benditas tus manos!

¡Benditos tus ojos!

Eres la bendición de nuestro pueblo, de Segovia!

¡Bendícenos e intercede ante Dios por nosotros!

¡Ayúdanos a dar un gran salto hacia delante!

Contigo nunca adoraremos a otros dioses.

Contigo viviremos apasionados por la Palabra.

Contigo seremos misioneros y misioneras del Evangelio.

Contigo nos haremos regalo para los pobres.

Contigo construiremos la comunidad

y seremos ciudad nueva.

¡María del a Fuencisla,

madre nuestra,

Fuente que mana vida y dulzura,

¡no nos abandones!

Por favor,

¡bendícenos, que te queremos!

Gracias por estos días

en tu Catedral iluminada.

Gracias, Abbá,

Gracias, Jesús,

Gracias, Espíritu de Dios.

Amén.